

# LA POLITICA Y LA RECONQUISTA EN EL SIGLO XI

(EXAMEN DE LOS ÚLTIMOS ESCRITOS REFERENTES AL CID)

En la cuarta edición de mi *España del Cid*, ya impreso su tomo primero y muy adelantada la impresión del segundo, doy noticia de los estudios cidianos aparecidos en los años últimos. Pero recientemente han llegado a mi poder otros dos trabajos, de que creo necesario dar cuenta aparte, pues nos dan ocasión para aclarar conceptos que atañen principalmente a la política y a la guerra de la reconquista, y a la vez ilustran otros aspectos culturales del siglo XI.

Uno de esos trabajos, aparecido en 1947, el titulado *El Cid, personaje mozárabe*, es obra del distinguido catedrático de Historia del Arte D. José Camón Aznar, y se publicó en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, volumen XVII, páginas 109-141.

No se trata de una exposición histórica total o parcial en que aportando algún dato revelador o estudiando una nueva combinación y ajuste de los datos conocidos, se renueve el concepto de la biografía cidiana; se trata sólo de un prestante ensayo consagrado a un nuevo juicio sobre el conjunto biográfico corriente, tal como el escritor lo recuerda, y podemos dar idea resumida de este nuevo enjuiciamiento.

to con decir que el Sr. Camón va poniendo uniformemente un signo negativo a los hechos y resultados que la investigación ha hecho aflorar con signo positivo.

Sin embargo, no todo es negativo siempre. Reconoce el autor una vez la grandeza humana del Cid, su maravilloso talento de estratega, que, en duelo con el poder más fuerte de entonces, "vence a Yúsuf en victorias de gran importancia para la definitiva contención de los africanos" (pág. 131); pero, a la vez, con inexplicada contradicción, afirma insistentemente, como idea básica, ora "la inutilidad de los heroísmos cidianos" (pág. 123), ora, más aun, el que esos heroísmos tuvieron resultado "lamentable en las incidencias de la reconquista" (pág. 125). Es que para nuestro ensayista todo héroe, sea heleno, germánico o cristiano, es insolidario de su colectividad representada por las autoridades estatales, se desentiende de ella lo mismo ante los sitiados muros de Troya que ante los de Zaragoza. No seré yo quien disienta de "la insolidaridad de los egregios" (página 113), a que reiteradas veces alude el autor; la consideré yo también hace tiempo, pero limitada a los egregios, no referida al héroe, que justamente es héroe porque su poderosa individualidad tiene un valor entrañado en los más altos ideales éticos, sociales y políticos de su pueblo. Por eso, la solidaridad espiritual de una nación se afirma en el recuerdo de su héroe, aun cuando éste, en apariencia, se desentienda de intereses inmediatos del Estado por salvaguardar otros más esenciales: Aquiles, que con su retraimiento impone a un rey arbitrario el respeto a la justicia; Roldán, que sacrifica al culto del pundo-

nor todo un ejército de Carlomagno; el Cid, buen vasallo, que no tiene buen señor y que combate al conde de Barcelona en beneficio del más fuerte dominio de los cristianos sobre los moros.

El pueblo, dice el Sr. Camón, canta a sus héroes porque es incapaz de comprender los propios intereses estatales. Pero no; según más certera apreciación, el poeta no es un despistado, que no sabe por dónde se anda; es un vidente que percibe más allá del mecánico funcionamiento del gobierno la suprema función reservada a la gran individualidad disconforme, la alta fuerza impulsora de la rebeldía, sin la cual toda la historia sería un estéril Mar Muerto; y si observamos que rara vez la consagración heroica recae en un gobernante, es porque las acumuladas y anónimas fuerzas estatales, por lo mismo que facilitan extremadamente al estadista su acción, le restan valor personal y le complican en todas las pequeñeces y debilidades cotidianas. Camón es hombre de orden; según su pensamiento, el gobernante está siempre en posesión de la clarividencia, es la fuerza decisiva, mientras, por "ley sin casi excepciones", los héroes viven "retrasados respecto a los imperantes de su tiempo" (págs. 131-132). Bien se ve que el Sr. Camón no es un Carlyle, no exalta el papel de los héroes en la historia; muy al contrario, lo empequeñece en extremo.

Obedeciendo a esa ley general, el Cid, según el Sr. Camón, es un retrasado; su mentalidad es la del siglo x. El autor toma como punto de partida la conocida noción de que en el siglo xi España pugna por rebasar la órbita de las culturas visigótica y oriental, donde la retuvo el enorme poderío cordobés en el si-

glo x, y se incorpora a la nueva cultura romanista del Occidente; dentro de esta crisis, la frecuente repulsión entre el Cid y Alfonso VI se explica porque el rey quiere introducir en España el espíritu occidental, mientras el Cid, en su retraso, vive dentro de los usos arcaicos y orientales. Alfonso es un europeísta, dócil a todas las inspiraciones de los extranjeros, mientras el Cid es un retardatario, "prototipo del caballero mozárabe" (págs. 121 y sigs.). Castilla entera fué mozarabizante, muy apegada a la tradición, frente a las otras comarcas (pág. 133).

Lo que significan esos algo sorprendentes términos de "personaje mozárabe", "caballero mozárabe", lo iremos viendo en las muchas pruebas de mozarabismo que el Sr. Camón encuentra en el Cid. La prueba más palmaria, la que pone más frente a frente al rey europeísta y el vasallo mozárabe es la que se patentiza en un resultado material y palpable, cual es la sustitución de la escritura visigótica o mozárabe por la escritura francesa. El Sr. Camón expone esta prueba con todo el énfasis conveniente: Rodrigo, "obstinado en la repulsa de las novedades europeas, no quiso aceptar la reforma decretada por Alfonso VI, y en su corte se mantiene la letra toledana" (págs. 138-139). Pero aquí el autor olvida la realidad de las cosas. Sabido es, desde el antiguo manual de paleografía de Muñoz Rivero hasta los de ahora, que Alfonso VI no decretó nada respecto a la letra; que sólo parece haber existido una disposición eclesiástica relativa a los libros del rezo; que no consta obstinación ninguna en los notarios de la corte cidiana, pues sólo se conserva de ellos un documento en letra toledana; que Alfonso VI, a pesar de su notorio afán por se-

cundar las reformas eclesiásticas ultramontanas, se mostró más "mozárabe" que el Cid, usando la escritura toledana en la mayoría de sus diplomas (podría aquí decirse "obstinadamente"), como la continuaron usando su hija la reina Urraca y aun su nieto Alfonso VII, hasta que al mediar el siglo XII fué ya general el predominio de la letra francesa.

El Cid, según el Sr. Camón, nos manifiesta también su mozarabismo en que al conquistar Valencia "colocó a los mozarabes valencianos para defensa de las torres" (pág. 134). Hay aquí otro olvido del autor en tomar el mencionado hecho como prueba de un mozarabismo que fatalmente hacía al vasallo incompatible con su rey. Alfonso, al conquistar Toledo, encargó no la custodia de las torres, sino el gobierno entero de la ciudad al mozarabe Sisnando, y más "mozarabista" que el Cid se sirvió constantemente de ese mozarabe como gobernador de Coimbra, como hombre de confianza y como fautor de la política imperial respecto a los reyes de taifas. Con otra ocasión he advertido que Sisnando en sus diplomas, a la vez que se precia de que Alfonso le profesa particular amor ("multum dilexit"), insiste mucho en declarar su antigua condición de mozarabe en la corte mora de Sevilla, hecho en que fundaba su gran experiencia y autoridad política como conocedor del mundo musulmán.

Otra prueba que invoca documentos en apoyo: "El mozarabismo de Rodrigo se afianzó por su larga y prestigiada estancia en cortes moras. Allí, según consta documentalmente, gustaba de escuchar la lectura de relatos históricos árabes" (pág. 138), mostrando "su admiración por la cultura musulmana"

(pág. 132). Como se ve, el Sr. Camón no reconoce la superioridad de la cultura árabe en la alta Edad Media y le pone signo negativo, mirándola como extraña al europeísmo. Pero afición a esa cultura mostraba en tiempos del Cid todo el que no fuese un bárbaro, y alguno llegaba hasta el diletantismo de Pedro I de Aragón que firmaba siempre en letras árabes: *Rex Pedro ben Xancho*, y lo mismo hacían otros nobles de la época; Alfonso el Batallador apadrinó al traductor de un libro árabe, libro famoso, la *Disciplina clericalis*, que inmediatamente se propagó por toda Europa como incitante novedad. Después, tampoco es concebible enjuiciar el llamado "problema cidiano" olvidando a los grandes arzobispos toledanos, arabilizantes en los siglos XII y XIII, y sin tener en cuenta el posterior problema de Dante, tratado por Asín con un estilo de solidez que nunca mejor que en esta ocasión nos conviene recordar.

La oposición mozarábica del Cid respecto a Alfonso es total. Alfonso es "dócil a las inspiraciones de la civilización romanista" (pág. 137), mientras el Cid mantuvo una "enemiga al tipo de política unificadora de todo el occidente" (pág. 134). Aquí es sensible que, fuera de la mal comprendida obstinación de la letra toledana, no mencione el autor hechos que comprueben esa enemiga, sino sólo la presunción de que el Cid quizá debió de protestar contra las cruzadas extranjeras en España (pág. 134). Pero el caso es que del Cid no sabemos históricamente nada, y del dócil Alfonso VI, sí sabemos que lanzó el título imperial en 1077, justamente cuando el Papa, por medio de cruzadas, pretendía incluir a España en el patrimonio de San Pedro, y sabemos que en 1087 man-

dió regresar a los cruzados franceses sin emplearlos en la reconquista; también los documentos aragoneses hacen resaltar que en 1080 el "gloriosus rex Sancius" hizo volverse a su patria al conde Guillermo VII de Poitiers que venía en son de cruzada. En cuanto a otros aspectos de la dirección no política de Roma, el único punto comparable acusa identidad completa entre el rey y el vasallo: uno y otro conquistan cada uno una ciudad episcopal, y si Alfonso coloca en la sede toledana un cluniacense, el Cid coloca otro cluniacense en la sede valenciana. Por otra parte, la mentalidad retrasada del héroe, que en el siglo XI mantiene ideas del siglo X, no se comprueba ciertamente cuando llega el momento decisivo, cuando en el último cuarto del XI aparece un hecho bélico nuevo, la táctica almorávide; Alfonso VI, atenido a los métodos viejos de la milicia, no encuentra nada nuevo que oponer, y sufre continuadas derrotas, en tanto que el Campeador innova inmediatamente sus armas y alcanza victorias indefectibles: Lo mismo en política, el "personaje mozárabe" miraba tan poco hacia el pasado y tanto al presente y al porvenir que, por ejemplo, el estatuto que él dió a Valencia reconquistada sirvió de modelo durante el siglo siguiente para Alfonso el Batallador en Tudela y en Zaragoza, y para Ramón Berenguer IV en Tortosa. El rey aragonés, cuando joven príncipe asistió en Valencia al Campeador, pudo aprender de él no sólo ciencia militar antialmorávide, sino ciencia política.

Para el Sr. Camón, la mentalidad mozárabe de Rodrigo, que andaba con un siglo de retraso, se evidencia también en "el sistema de parias con que practicaba la lucha contra el islam"; las parias suponen

convivencia tranquila con los reinos musulmanes, opuesta a la "política antiárabe", "neta y decidida", empleada en la verdadera reconquista, la de la tierra, recobro que Alfonso se propone, obedeciendo a las ideas europeas (págs. 132, 135-136). Continúan los olvidos, continúa la caracterización con rasgos no caracterizantes por comunes. Alfonso reconquistó la tierra toledana; el Cid recobró la equivalente tierra valenciana. Toledo se conservó porque a ella aplicó Alfonso los abundantes recursos estatales que ya no tenía o que no halló aplicables a Valencia cuando la viuda del héroe se la confió. Y en cuanto a la convivencia con los musulmanes, es bien notorio que Alfonso practicó siempre el mismo sistema de parias que el Cid. Antes de ver Alfonso hundirse su imperio sobre los moros en la derrota de Zalaca, ese imperio consistía en cobrar parias de todos los reyes de taifas, y después de Zalaca las cobraba de Zaragoza, de Granada, de Sevilla, de cuantos querían encontrar en él algún apoyo contra los almorávides. El sistema de parias siguió en vigor siempre. San Fernando tendrá también mezcla de "caballero mozárabe" al no conquistar la tierra de Granada, contentándose con el tributo.

"El Cid, dice Camón, se mueve siempre entre moros, no lucha ni se opone inexorablemente más que con príncipes cristianos" (pág. 135). Jamás la cidofobia dijo tal inexactitud. Dozy, cuando más, sólo llegó a decir que el Cid lo mismo lidiaba por Cristo que por Mahoma. Verdad es que Dozy, como manejaba muy diestramente los textos históricos árabes y latinos, no podía llegar a exageración tan ciega. Si el Cid, dice Camón, puso ardor contra los almo-

rávides, no era porque éstos fuesen enemigos de los cristianos, sino porque tanto como de los cristianos eran enemigos de los reyes de taifas a quienes el héroe tutelaba y favorecía (pág. 130). Otro olvido. Tampoco aquí puede apreciarse la menor diferencia respecto al rey: Alfonso tutelaba y quería proteger, con más empeño, aunque sin ningún éxito, a los reyes de taifas contra los generales del emperador almorávide; en 1090 fomentaba entre los reyes andaluces una reacción antiafricana, y su alianza con esos reyes era tan íntima en 1091 que hasta tomó por mujer a la nuera del rey de Sevilla, de la cual tuvo su único hijo, heredero malogrado del trono de León y Castilla. "Parece, añade el Sr. Camón, que una fatalidad inexorable lanza al Cid contra los príncipes cristianos, singularmente contra los reyes de Aragón y los condes de Cataluña, y lo coloca al lado de los árabes" (pág. 123). Pero bien sabido es que la misma fatalidad lanza a Alfonso VI, aliado con su tributario el rey moro de Zaragoza, a enviar su hueste unida a la del rey moro a luchar contra Pedro I de Aragón para impedir que éste conquistase a Huesca. Sabido es que la historia medieval abunda en episodios semejantes, traídos por la división de los reinos y por la convivencia musulmana.

El Cid, dice Camón, "ayudó a evitar" que Alfonso VI conquistase a Zaragoza en 1085, impidiendo "que se realizara la unidad nacional varios siglos antes que bajo los Reyes Católicos y con una comunidad lingüística y sentimental que ya no fué posible conseguir" (pág. 124). No acierta uno a sospechar cómo se puede atribuir al Cid parte de culpa en la división lingüística y sentimental de España y en los consi-

guientes regionalismos modernos. Viniendo a lo inmediato, no hay noticia ninguna de que el Cid contribuyese a malograr el cerco de Zaragoza por Alfonso VI. Pero prescindiendo de esto, y atendiendo a cuanto se prodigan en el ensayo que examinamos esas cábalas o futurizaciones condicionadas, tengamos presente, en el caso ahora apuntado, que las viejas pretensiones de Castilla sobre Zaragoza se hacían cada vez más imposibles, pues la ciudad del Ebro caía con incontrastable fuerza bajo influencia aragonesa. Las viejas pretensiones castellanas se realizaron en tiempo de Alfonso VII, quien poseyó el *regnum Casarsaraugustanum* y lo ocupó con castellanos, pero pronto debió cederlo en homenaje al príncipe de Aragón, y ni aun ese homenaje pudo ser mantenido, teniendo que renunciar a él Alfonso VIII.

En otra de estas futurizaciones nos debemos fijar, por ser más importante y por partir de un buen fundamento histórico. Debido al ataque del Cid contra la Rioja en el año 1092, dice Camón: el rey Alfonso se ve obligado a levantar el cerco de Valencia (pág. 128). Sin duda soy yo inspirador de esa afirmación, pues en la primera edición de *La España del Cid*, pág. 444, seguí, lo mismo que Dozy, a Ben Alcardabús, autor africano que escribía hacia 1190, quien refiere así los sucesos: Alfonso sitia a Valencia exigiendo las rentas que allí pagaban al Cid; cuatrocientas naves de Génova y Pisa llegan en auxilio del rey, pero Dios sembró la discordia entre estos aliados y Alfonso tiene que levantar el cerco. A su vez el Campeador, irritado porque el rey trataba de arrebatárle Valencia, ataca la Rioja, y esta incursión fué la causa principal de la retirada del ejército

sitiador. Para todo esto Ben Alcardabús se debe inspirar en Ben Alcama, escritor valenciano contemporáneo del Cid; el texto árabe de este escritor se ha perdido, pero tenemos una traducción de él en dos crónicas castellanas del siglo XIV, que publiqué en la citada *España del Cid* (pág. 792), las cuales refieren así las cosas: El rey Alfonso sitia a Valencia; las naves de Génova debían venir para atacar a Tortosa y toda la costa, pero tardaron mucho en llegar. Alfonso no pudo esperarlos, pues hallándose falto de provisiones de boca, tuvo que retirarse. Cuando llegaron las naves atacaron a Tortosa por mar, y el rey de Aragón por tierra, pero tuvieron que retirarse perdidosos. Después, las dos crónicas refieren el ataque del Cid a la Rioja. Ahora bien, esta versión del autor valenciano coetáneo parece preferible a la bastante confusa del africano un siglo posterior, por lo cual la seguí en la tercera edición de la *España del Cid*, 1943, que hubiera agradecido consultara el Sr. Camón, y la sigo en la cuarta, 1947. El ataque a la Rioja no es, pues, causa del fracaso de la expedición de Alfonso sobre Valencia. Las cuatrocientas naves italianas y el rey de Aragón no pudieron apoderarse de Tortosa; menos hubiera podido conquistar la mucho más fuerte Valencia Alfonso, ya que durante los meses anteriores había fracasado continuamente en socorrer contra los almorávides a Granada, a Sevilla, a Murcia, a Alledo, y ya que en los años siguientes, sin obtener ningún éxito, sufría derrotas en Jaén, en Consuegra, en Lisboa y en Uclés; los almorávides eran invencibles para los capitanes de Alfonso, menos para el Cid.

Vengamos ahora a las consecuencias que Camón atribuye al malogramiento de la empresa: "Tuvo este fracaso la consecuencia inmediata de impedir la reconquista definitiva de toda la tierra levantina. Quizá la reconquista de toda España se hubiera terminado en este caso en la primera mitad del siglo XII...", y el Sr. Camón, que se siente a sus anchas en estas futurizaciones, continúa exponiendo perspectivas de lo que España hubiera sido si Valencia hubiera caído en poder de Alfonso VI. Pero Alfonso, aunque por sí no podía conquistar a Valencia, la recibió de manos del Cid y acudió para ayudar a éste con los ejércitos de su reino, a defender la ciudad levantina; y después de muerto el Cid, fué con otro gran ejército a tomar posesión de Valencia, que le entregaba la viuda Jimena, sólo que entonces se sintió sin fuerzas para defender la ciudad de los ataques almorávides, como se verá aquí en las páginas siguientes. En fin, que para hacer suposiciones sobre lo que hubiera podido ser, se debe tener muy en cuenta lo que en realidad ha sido.

Volvamos a la insolidaridad y aislamiento de los héroes: "Es digno de observar, dice Camón, que este *Side* Campeador no despertara interés en los historiadores cristianos contemporáneos, y sí, en cambio, en los árabes" (pág. 139). Prosigue el afirmar sin preocuparse de mirar lo que hay a un lado y a otro de lo que se afirma. Los directores de la vida estatal, los reyes, no despertaban en la historia oficial de la época más interés que el de cinco, diez o veinte líneas. Referentes a Alfonso VI, por excepción, la historia palaciega nos dejó las tres magras páginas escritas por Pelayo, que ya no es contemporá-

neo; mientras que del Cid disfrutamos una muy extensa biografía de más de 50 páginas, ésta sí contemporánea, que no encuentra semejante hasta en el siglo siguiente, la que se escribe sobre Alfonso VII.

Y basta lo dicho. Por lo mismo que yo no soy el último en reconocer los méritos del Sr. Camón, me he sentido obligado a señalar alguna de las faltas en aquel asiento y firmeza que es absolutamente esencial a todo pensamiento histórico, pero no es preciso seguir subsanando los olvidos notados en el gallardo ensayo que reseñamos.

Sin embargo, aun antes de concluir, me ocurre recaer en el punto de partida, la pretendida insolidaridad propia de todo héroe, a la que el Cid no puede sustraerse. Todo héroe, dice el Sr. Camón, realiza empresas que, por gigantescas que sean, son solitarias, disconformes, marginales respecto a la vida estatal de su nación (pág. 111). Esto respecto al Campeador se comprueba por "los desvíos de la corte hacia las hazañas levantinas de nuestro caballero" (pág. 123). "Ante el ataque de los almorávides a Valencia, por raro y único caso, los príncipes cristianos permanecen inactivos" (pág. 131). El Cid revela "despego de la política nacional, de los férreos postulados de la reconquista de Alfonso VI y de los reyes de Aragón" (pág. 133). Rodrigo por su mozarabismo se aleja de los príncipes cristianos, lo cual trae "la ausencia de éstos de los proyectos de nuestro héroe. Ninguno de sus gestos está convalidado nacionalmente por la presencia de los soberanos españoles" (pág. 136), etc. Se puede expresar esta idea, de pasada, en una conversación; lo que no comprendo bien es que se ponga por escrito tantas veces, que

se mande a la imprenta y que se llegue a corregir las pruebas, sin recordar algo en contra que obligue a desechar la repentina ocurrencia. Tan reiteradas afirmaciones sólo pueden prosperar olvidando toda la historia de la época; olvidando en especial que Alfonso VI hizo capitulaciones con el Cid para la conquista de Levante; que Sancho Ramírez de Aragón cooperó en las hazañas levantinas, manteniendo en Valencia cuarenta caballeros aragoneses que convivían con los caballeros del Campeador, al menos durante dos años, a lo que sabemos; que cuando el Cid conquistó a Valencia, Alfonso VI tuvo señorío sobre la ciudad, según nos informa Ben Alcama; que Pedro I de Aragón y Alfonso el Batallador, muy lejos de “permanecer inactivos”, fueron con su hueste a ayudar al Cid en el abastecimiento de Peña Cadiella, y pelearon junto a él en la dura batalla de Bairén; que Ramón Berenguer III dió la mayor prueba de interés que puede darse en la vida, casándose con la hija del conquistador de Valencia, haciéndola condesa de Barcelona y ejerciendo, por ella, actos de dominio en Valencia, según declaración de los cónsules de Pisa; que Alfonso VI no mostró desvíos hacia la empresa levantina cuando, después de muerto el Cid, fué con su ejército a Valencia, tratando de conservar la ciudad en su poder, sobre la cual poseemos ahora nuevos datos, que luego he de mencionar, y también los poseemos sobre el socorro que Alfonso en persona condujo para ayudar al Cid en la batalla de Cuarte.

“La actuación marginal a las fuerzas estatales”, que Camón señala “como característica de los héroes de todos los tiempos” (pág. 132), no puede ser atribuída al Cid sino mediante una total amnesia de los

hechos históricos. Las primeras hazañas del Campeador se dirigen todas a los planes estatales de Sancho II y de Alfonso VI. Después, Alfonso unas veces se sirvió del Cid y otras le desterró, pero, por fin, hecho ya señor bueno para su vasallo, los últimos años del héroe fueron de tan firme colaboración con el rey como los primeros, recibiendo esta fiel actitud su coronación trágica cuando las mesnadas valencianas, al frente de ellas Diego, el hijo del Cid, pelean bajo el mando de Alfonso contra los almorávides en la desastrosa jornada de Consuegra, donde muere ese hijo único del Campeador. ¡Y nuestro distinguido catedrático habla del héroe marginal, opuesto a su rey!, mientras el ilustre profesor de Oxford W. J. Entwistle sintetiza la vida del Cid recordando “su sublime lealtad personal a Alfonso”, en obsequio del cual renunció al derecho de combatirle desde el destierro. En fin, E. Mayer sienta “que fué la conducta del Cid, desterrado sin motivo, señaladamente leal, ya que hubiera tenido derecho a guerrear contra el rey de Castilla, y sólo combatió contra los infieles y contra los señores cristianos enemigos particulares suyos”. Esto dice Mayer, docto historiador de las *Instituciones sociales y políticas*, opinión bien oportuna aquí.

Un héroe lo es porque su vida hazañosa ha sido apta para que la colectividad cifre en él sus ideales y las realidades de su vida que a esos ideales atañen. La fidelidad, la *antiqua fidelitas*, de que siempre Castilla se alabó y de que siempre fué loada, se vió ejemplificada ciertamente en el Cid; pero, a la vez, las resistencias necesarias para que la fidelidad no se convierta en entrega inerte, se vieron también en el

héroe de Vivar ejemplificadas eminentemente, por lo mismo que él no antagonizó con un rey insignificante, sino con uno de los mejores, aunque también, a pesar de sus éxitos, uno de los más infortunados, porque no supo rechazar de sí graves impulsos de invidencia.

Penosa extrañeza produce el ensayo que examinamos al ver en España un brote de cidofobia, bajo aspectos, claro es, muy otros que los de Dozy, pero aun mucho más infundados que los de éste, según hemos apuntado aquí rápidamente. No podemos suponer de ningún modo en el Sr. Camón cualquier móvil de fácil erostratismo al poner signo negativo a un héroe de los mayores. Quizá más bien le guía algo del candoroso afecto localista que movía a Masdeu, ya que, como buen aragonés, le vemos inculpar insistentemente al Cid por sus refriegas con los príncipes de Aragón y de Cataluña.

Me he detenido demasiado en esta reseña. Quizá no sea desproporcionada si consideramos el mérito del autor, a quien ahora debemos gratitud por este agradable y sugestivo trabajo que ante todo nos sugiere útiles observaciones sobre el método en él empleado.

\* \* \*

Mientras entre nosotros se produce el anterior ensayo, de Francia nos llega una muy diferente contribución, que nos coloca en medio de los principales problemas que preocupan a la crítica universal hispanizante, acerca del Cid, así como acerca de la poesía épica y de la historiografía de la Edad Media.

El eminente profesor de la Sorbona E. Lévi-Provençal, al saber que imprimo actualmente una cuarta edición de mi *España del Cid*, me envía, venciendo las dificultades de la frontera clausurada, la copia mecanográfica del capítulo VII de su obra *Islam d'Occident, Études d'histoire médiévale*, obra que también él tiene en curso de impresión.

En este capítulo recuerda el Sr. Lévi-Provençal cuando en enero de 1939 me visitó en París para comunicarme el hallazgo hecho por él de un fragmento de la historia de Marruccos, *Al-Bayan al-Mugrib*, por Ben Idarí, que podía interesarme para la edición argentina de la *España del Cid* en que yo entonces trabajaba; el fragmento era ciertamente muy valioso, sobre todo por darnos un relato musulmán de la batalla del Cuarte, sólo conocida antes por un relato cristiano. Ese fragmento, encontrado en 1934 en un legajo misceláneo y desordenado de la biblioteca de la gran mezquita de Fez, aparece ahora más completo en virtud de nuevo hallazgo hecho por el Sr. Lévi-Provençal en el curso del mismo año 1939, en otro informe, legajo perteneciente a la misma mezquita, en el cual se contienen largos trozos referentes al cerco y toma de Valencia por el Campeador. Y no son estos dos los únicos textos que aun inéditos debo al ilustre arabista, pues ya, para la primera edición de mi ya referida obra, me había proporcionado unas páginas de cierta historia de los reyes de taifas, decisivas para comprender el proceso de regicidio que el Campeador instruyó contra el cadí de Valencia. Mi mayor agradecimiento al tan sabio como afortunado explorador de las bibliotecas musulmanas.

La historia toda de la España árabe tiene im-

portante deuda con el Sr. Lévi-Provençal. El, después de habernos dado una segunda edición de la clásica historia de Dozy con los complementos oportunos en el día, publica ahora una nueva historia general, más extensa cronológicamente que la de Dozy y más ampliamente documentada, historia que sustituirá en adelante la del arabista holandés. En especial, nuestro conocimiento del siglo XI debe a Lévi-Provençal, entre otros hallazgos, el de unos capítulos de la *Dahira*, de Ben Bassam, con un extenso relato de la conquista de Toledo por Alfonso VI, y el de las Memorias del último rey zirí de Granada, textos ambos en que se hallan muy precisas ilustraciones sobre los usos de la guerra antigua, sobre los partidos que pugnaban en la España musulmana, sobre la política de Alfonso VI, basada en un agotador sistema de tributos exigidos a los reyes de taifas, y sobre la expansión y carácter del dominio almorávide que vino a acabar con esos tributos pagaderos a los cristianos.

Pero los descubrimientos que aquí especialmente llaman nuestra atención son los referentes al susodicho *Al-Bayan al-Mugrib*, escrito por Ben Idarí en 1306, de los cuales debemos dar alguna idea.

Desde luego, el principal valor que encierran esos fragmentos de Ben Idarí es el darnos, entre relatos de origen vario sobre los sucesos relacionados con el Cid, abundantes extractos de la Historia de Valencia, escrita por Ben Alcama en los mismos días del Campeador, historia concebida con gran amplitud, documento de extraordinario interés para estudiar la vida política y la privada de los reinos de taifas levantinos en los años que preceden y que siguen a la in-

vasión almorávide. No nos era conocida esa obra de Ben Alcama sino en la traducción castellana que de ella se hizo, probablemente por orden de Alfonso el Sabio, como material aprovechable para la *Primera Crónica General*; en ésta, así como en la *Crónica General de 1344*, en la *Crónica Particular del Cid* y en otras del siglo XIV, se incluyeron abundantes extractos de esa historia valenciana, tan copiosa de noticias importantes.

Pero esta traducción castellana se nos ofrece llena de dificultades, empezando porque las referidas crónicas españolas no atribuyen la obra a Ben Alcama, sino que dos veces nombran como autor a otro: "E diz Abenalfarax en su arabigo onde esta estoria fué sacada, que...". Según Lévi-Provençal advierte, este Ben Alfarax es desconocido en la bibliografía historial del Andalus, mientras que varios biógrafos árabes nombran a Ben Alcama como historiador de Valencia. Sin embargo, cabe la duda si no hubo dos historiadores valencianos en tiempos del Cid: uno el conocido Ben Alcama, y otro el ignoto Aben Alfarax. Y esto puede parecer muy verosímil por el hecho nuevo de que en Ben Idarí encontramos dos relatos diversos de la victoria del Campeador en el Cuarte, no sólo diversos, sino en algún punto contradictorios, lo cual vendría en apoyo a una reciente hipótesis en este mismo sentido, muy atractiva por cierto. El profesor de Oxford J. W. Entwistle (en la *Hispanic Review*, XV, 1947, pág. 206) piensa que además de la historia debida a Ben Alcama hubo otra historia debida a un Ben Alfarax, moro de quien nos consta que era cidófilo fiel, y que, según la *Crónica General*, se convirtió al Cristianismo,

viviendo después en el monasterio de Cardeña dedicado a cuidar el sepulcro del Campeador. Sin entrar en tan intrincada cuestión, a la vez que añadido en favor de una doble historia el dato de la doble narración de la victoria cidiana, haré una observación en contra de la atribución a Ben Alfarax hecha en nuestras crónicas. Es el caso que la *Crónica de 1344* y la *Particular del Cid* nombran ese autor cuando la retirada de los almorávides que venían a socorrer a Valencia sitiada y hambrienta: “E estonce Abenalfarax, un moro que escribió esta historia en Valencia en arábigo, puso como valian las viandas, por ver quanto se podía tener la cibdad, e diz que valía el cafiz de trigo once maravedís..., etc.; ahora bien, hoy sabemos que esa y otras varias listas de precios de los comestibles durante el hambre en Valencia, puestas en las crónicas castellanas, pertenecen a la historia de Ben Alcama, pues uno de los extractos de Ben Idarí, ahora publicados por Lévi-Provençal, nos lo asegura: “He aquí lo que dice Ben Alcama de los sufrimientos que los valencianos padecieron en el curso de este año: la libra de trigo llegó a venderse en el mes de rabí primero (21 marzo-19 abril 1094) a un metical y medio, la libra de cebada a un metical...”, etc. Esto demuestra que la traducción de la historia valenciana, hecha en las citadas crónicas, sustituía, indebidamente, el nombre de Ben Alcama por el de Aben Alfarax, quedando éste desacreditado como una equivocación o una arbitrariedad del traductor (1). En fin, por hoy creo que debemos asentir

(1) Los manuscritos de la *Crónica de 1334* todas las veces que nombran este autor ponen *Abenafarax*, *Abenalfaray*, *Abenalfaris*, mientras la *Particular del Cid* pone siempre *Abenalfange*, sustituyendo erróneamente

al parecer de Lévi-Provençal sobre los dos relatos de la batalla del Cuarte: uno de ellos es de Ben Alcama y el otro es de autor no identificable.

Dejando a un lado esta cuestión difícil, los extractos de Ben Idarí nos permiten juzgar el grado de fidelidad que alcanza la traducción de Ben Alcama en nuestras crónicas. Y este juicio es de capital interés, ya que una buena parte de la biografía del conquistador de Valencia se basa en el relato de ese moro valenciano. Ben Alcama, aunque partidario de los almorávides y muy hostil al Campeador en sus juicios, debe ser tenido por verídico en todos los sucesos y por menores que refiere, y él nos transmite multitud de hechos y algunos discursos del Cid, sin los cuales la biografía se vería privada de algo muy esencial. Por esto, es muy grave el recelo, siempre admisible y probable, de que la traducción sea infiel o incompleta, cabiendo siempre el temor de que la aparición del texto árabe venga a alterar, o aun a invalidar, los conceptos que hayamos formado en vista del texto traducido. El Sr. Lévi-Provençal reproduce un párrafo de *La España del Cid*, donde manifiesto mis temores ante el posible descubrimiento del texto original de Ben Alcama, que podrá traer rectificaciones y novedades para la reconstrucción histórica hecha, pero, a la vez, expreso en ese párrafo el presentimiento de que el referido y deseado texto original alterará poco las líneas del dominio cidiano en Valencia tal como quedan trazadas. El ilustre arabista encuentra para este presentimiento "une confirmation remarquable" en

---

el nombre dado por la *Crónica de 1334*. Prueba de lo mal que se manejaban nuestras crónicas con los nombres árabes.

el texto de Ben Idarí que publica, pues "les rectifications de détail qu'il autorise n'altèrent en rien les grandes lignes du tableau". No alteran las líneas, es cierto, digo ahora por mi parte, pero añaden al cuadro mucha precisión y vida, enriqueciéndolo con algunos rasgos que tocan a la parte más fundamental de la biografía cidiana.

Comenzamos por notar que la traducción de Ben Alcama, hecha en las Crónicas españolas, es fiel en cuantos pasajes pueden ser comparables con el texto árabe. El defecto que tiene la traducción es no ser siempre literal ni siempre completa, porque abrevia algunos pasajes y suprime otros. La desdicha es que ahora los extractos árabes adolecen también de esas eventuales faltas, pero, como es de presumir, abrevian y suprimen con otro criterio, de modo que las deficiencias de la traducción y las de los extractos de Ben Idarí se suelen compensar mutuamente. Los fragmentos árabes, por ejemplo, son valiosísimos por conservarnos las indicaciones cronológicas que los traductores suprimen siempre a causa de no saber reducir el año musulmán al año cristiano.

Pero al aventurar alguna indicación más concreta sobre el valor interno de las páginas de Ben Idarí recién descubiertas, la atención se dirige primero e irresistiblemente a ciertas relaciones que se observan entre los nuevos relatos históricos árabes y los relatos poéticos castellanos. El Sr. Lévi-Provençal, en apoyo de la importancia que reviste el texto árabe, recuerda en su artículo una carta mía a raíz de haber leído los primeros extractos que en 1939 me había confiado, y esa mi primera impresión se fundaba también en cuán fácilmente se compenetraban en la

Crónica General los datos suministrados por Ben Alcama con los rasgos tomados del Poema del Cid. El establecer tan preferentemente esta correlación entre historia y poesía tiene dos causas. En primer lugar, al leer una narración histórica árabe, nuestras observaciones comparativas no pueden dirigirse hacia la historiografía hispanolatina que en aquellos siglos era de una absoluta pobreza, de un laconismo y sequedad desesperantes; la amplitud narrativa usada por los historiadores árabes de entonces, la riqueza de pormenores expresivos y caracterizadores, sólo puede encontrar puntos de contacto y de comparación en los veristas relatos épicos de nuestros juglares primitivos, mucho más despiertos que los cronistas, mucho más ávidos y penetrantes frente a la realidad vital que describen. Pero en segundo lugar no se trata sólo de una vaga comparación de procedimientos estilísticos y de costumbres reseñadas, interesante para la historia cultural, sino de una comparación de relatos referentes a unos mismos sucesos, útil para juzgar el grado de veracidad atribuible a los relatos épicos y el crédito que puede concederles la historiografía, como auxiliares subsidiarios de los relatos históricos.

Tomemos como ejemplo la descripción de la batalla del Cuarte por Ben Alcama, donde se dice que el plan estratégico del Cid consistió en que salieron de Valencia al amanecer, sin que los sitiadores se enteraran, y dividieron la hueste cristiana en dos grupos, escondiéndose en celada el uno de ellos, y mientras el otro entablaba combate, los de la celada cayeron de improviso sobre el campamento enemigo, lo cual esparció el desconcierto y el pánico en el ejér-

cito musulmán, creyendo que quienes atacaban el campamento eran las huestes de Alfonso VI que se sabía venían de camino en auxilio del Campeador. Pues bien, el poema del Cid nos cuenta la disposición de la batalla de un modo semejante, pero rápidamente, en sólo seis versos: las mesnadas castellanas salen de Valencia al amanecer y se dividen en dos grupos; por un lado el Cid con la mayor parte, por otro lado Alvar Fañez, y el doble ataque logra la victoria. El historiador árabe y el poeta castellano coinciden; pero el relato histórico es más concreto, más preciso, mientras el relato poético, en cambio, expone el plan de batalla por de lado, sin proponerse ningún efecto descriptivo; no es más que la realidad histórica que impregna y traspasa toda la ficción del juglar, aun en los casos en que éste no tenga intención de utilizarla para sus fines poéticos. Tan conformes están en este pasaje de la batalla los versos del poema y la prosa de la historia árabe, que la Crónica General, conocedora de ambos relatos, aunque preficre el del poema, entremezcla en la prosificación de los versos algunos rasgos tomados a la historia de Ben Alcama.

En otro lugar he notado cómo en esta misma batalla la precipitada fuga del rey moro, que yo había creído invención del poeta para enaltecer la victoria del Campeador, aparece comprobada en el relato del árabe, donde se dice que el emir imperial, Mohammad ben Texufin, general del ejército, no se retiró ordenadamente, como era de presumir, sino que fué de los primeros en emprender la fuga.

Y todavía podemos observar otro punto de contacto, si bien ya sólo indirecto, entre la poesía y el fragmento de Ben Alcama. Según el poema del Cid, el

moro Abengalbón reconoce en el Campeador la protección de aves favorables, tanta que, aunque los moros quieran hacerle mal, no podrán hacérselo, ni en paz ni en guerra. Ahora Ben Alcama, en el mismo fragmento de la batalla que consideramos, nos habla de un poeta valenciano, espíritu fuerte, que muy fiado en el enorme ejército almorávide, semejante a un océano donde iba a sumergir la Valencia del Cid, escribía: “¡Ved a Rodrigo cómo consulta sus agüeros! Los sables de los almorávides impedirán que las aves le pronostiquen victoria.” Pasaje comprobatorio de la preocupación que entre los musulmanes existía referente a las “buenas aves” que, según el Albengalbón épico, hacían invulnerable al Campeador. Sólo una creencia así puede explicar la increíble desmoralización que conseguida cundió en aquel inmenso ejército.

Uno de esos contactos entre la historiografía árabe y la poesía cristiana atañe muy directamente a las íntimas y singulares relaciones políticas de Alfonso VI con los reyes de Taifas.

Otro de los fragmentos de Ben Idarí, hallado por Lévi-Provençal en la gran mezquita de Fez, nombra de pasada a la princesa musulmana en la cual Alfonso VI tuvo al hijo Sancho, heredero de la corona de León y Castilla, muerto prematuramente en el desastre de Uclés. Antes sólo sabíamos de esa mujer por las historias cristianas. Pelayo Ovetense, hacia 1130, nos decía muy secamente que Alfonso había tenido por concubina a Zaida, hija de Ben Abbed de Sevilla. Un siglo después el arzobispo toledano Jiménez de Rada, en 1243, sabía más, pero no de fuente histórica, sino de fuente juglaresca, pues

refiere que Zaida se había enamorado vehementemente de Alfonso por la gran fama que de él oía, aunque nunca le había visto (“licet non visum”), frase que, sin duda, deriva de la usual en los romances, enamorada “de oídas, que no de vista”, como suelen enamorarse las heroínas, no sólo en el romancero, sino igualmente en las *chansons de geste* francesas o en las novelas amorosas del Oriente. Poco más tarde, la misma leyenda poética reaparece en la Primera Crónica General, en 1289, añadiendo más pormenores: que la enamorada Zaida envió mandaderos a Alfonso, proponiéndole, si se casase con ella, darle todo el término de Cuenca a ella donado por el rey de Sevilla, y que Alfonso la fué a visitar, quedó de ella también enamorado, y se casó con la mora después de bautizada. Siendo estos relatos de manifiesto origen poético, nos cabía duda si serían pura fábula. Pero ahora Lévi-Provençal nos descubre en el fragmento de Ben Idarí que hubo tal princesa sevillana en el tálamo de Alfonso, salvo que no era hija de Motámid Ben Abbed de Sevilla, sino hija política, nuera, casada con el hijo de Motámid, el que fué muerto por los almorávides cuando tomaron Córdoba el 26 de marzo de 1091; la viuda del vencido príncipe huyó buscando amparo en la corte de Alfonso, y allí (lo sabemos por la misma fuente árabe) se convirtió al Cristianismo con sus hijos, los nietos del rey de Sevilla, y dió a Alfonso su hijo Sancho. En ese tiempo tan adverso para el rey de Sevilla Motámid, sabemos que éste se hallaba en tratos muy íntimos con Alfonso, ofreciendo cederle tierras del reino sevillano a cambio de protección contra los almorávides, y esto hace muy verosímil la cesión de

los castillos en término de Cuenca, tal como nuestros juglares decían que Zaida había hecho. Nuestro relato poético tiene, pues, caracteres de gran veracidad, aunque sólo lo conocemos en nuestras dos historias del siglo XIII; si pudiésemos conocer de él la forma que tenía un siglo antes, sin duda tendría caracteres aun más históricos, y hasta quizá sabría el verdadero parentesco de Zaida con Motámid, aunque de hija a hija política poco hay.

Como vemos, la comparación de los nuevos fragmentos árabes con los relatos poéticos coincidentes toca no sólo al valor informativo que pueda concederse a nuestros poemas épicos, sino que también nos lleva a la esencia y al desenvolvimiento cronológico de la poesía heroica. Las modernas corrientes críticas consideran los poemas épicos medievales como productos tardíos, no inspirados en el recuerdo directo e inmediato de los sucesos que poetizan, sino fruto erudito de la lectura de crónicas u otras memorias documentales. Pero la epopeya española no se aviene con esta manera de ver las cosas. Siempre que podamos alcanzar una forma primitiva o al menos suficientemente arcaica de un relato épico lo encontramos lleno de verdad de época, verdad más circunstanciada y rica que la que un poeta pudiera sacar de nuestras pobrísimas crónicas, y conforme el relato épico toma nuevas formas en siglos sucesivos, le vemos dejarse invadir, cada vez más, de elementos novelescos, que van mermando la veracidad primitiva. La épica española nos lleva seguramente a afirmar como noción básica, contraria a las ideas más al uso hoy, que los cantares de gesta medievales son, por lo común, una poesía inmediata y tradicional, esto es,

poesía que nace a raíz de los sucesos que canta, y que vive y se perpetúa refundiéndose, variando en el transcurso de los tiempos. Para una observación en este sentido, la épica española lleva decidida ventaja a la épica francesa, por ser la nuestra más tardía en su desarrollo. En Francia, por la misma precocidad y mayor actividad de su literatura, los poemas épicos conservados, empezando por *chanson de Roland*, se hallan unos cuatro siglos distantes del suceso que tratan; en España, el Poema del Cid sólo está unos cuarenta años alejado de su héroe, por lo cual bien se comprende que ha de estar muchísimo más impregnado de la realidad histórica que el gran poema francés. Con el tiempo, las refundiciones sucesivas, olvidando, desconociendo cada vez más la realidad pretérita, van introduciendo ficciones caprichosas cada vez más libremente. El poema del Cid mismo, tal como lo conocía la Primera Crónica General, unos ciento cuarenta años después de su composición primera, había perdido ya varios personajes y sucesos reales y los había sustituido por ficciones y personajes novelescos.

Recayendo en el valor estrictamente histórico que para la conquista de Valencia contienen los fragmentos árabes de que tratamos, como es imposible exponerlo aquí en detalle, nos fijaremos sólo en dos aspectos.

La tan pormenorizada historia de Ben Alcama nos permite notar primeramente el carácter de las victorias del Cid, en las que interviene un factor psicológico: el miedo irresistible que en el enemigo sabía infundir el acierto estratégico del héroe castellano. Con toda precisión nos describe ese miedo Ben Al-

cama al referir la batalla del Cuarte. Hemos sugerido antes que la creencia en las buenas aves o en cualquier otro sino favorable del Campeador es lo que únicamente puede explicarnos las deserciones que antes del choque ocurren en aquel enorme ejército musulmán; luego, cuando el Cid desarrolla la estratagemata de dividir su ataque en dos grupos, al ocurrir la sorpresa de la segunda acometida contra el campamento moro, "se levantó un prolongado griterío entre las tropas musulmanas anunciando la invasión de las tiendas por el enemigo. Aquello fué el enloquecimiento; todos corrían en cualquier dirección; los que acudían a defender el campamento, al verlo entregado al saqueo, se alejaban huyendo..."; Ben Alcama es verídico, dijimos, y aquí no disimula nada el extraño desconcierto, el terror pánico, la inexplicable derrota que después el príncipe Mohammed en vano trataba de justificar escribiendo repetidas veces a su tío el emperador almorávide para convencerle de que el desastre se debía a ineluctable decreto de la predestinación divina.

Lo mismo podemos observar respecto a la batalla de Bairén, aunque de ella no poseemos la narración árabe, sino sólo la más lacónica referencia latina; la gran superioridad numérica de los almorávides y su ventajosa posición sobre un paso estrecho, tiene en extremo peligro al Cid y al rey aragonés que le acompaña, pero el temor de los cristianos y el arrojo de los moros se trueca inmediatamente en cuanto el Cid dispone el ataque, sobreviniendo el terror y la fuga desatinada de los musulmanes, de igual modo que ante Valencia.

Ben Alcama, en otro pasaje de los publicados

por Lévi-Provençal, cuenta otro caso más notable aun: un gran ejército, enviado por el emperador almorávide para hacer al Cid levantar el asedio de Valencia, avanzó amenazador hasta llegar a la vista de la ciudad: "el Campeador se colocó en vanguardia de su campo, disponiendo sus huestes en dos grupos que, según órdenes terminantes, permanecían en formación cerrada. Por un efecto de la voluntad divina, sucedió que esta disposición de batalla hizo retroceder las tropas musulmanas, dejando a los valencianos en total abandono y desesperación". Es decir, que también ahora la derrota es inexplicable humanamente; las deserciones parciales que precedieron a la batalla del Cuarte son ahora una deserción total del ejército, y también ahora el emir que manda esta fuga preventiva quiere justificarse escribiendo al emperador la noticia de su descalabro sin combate. La leyenda se asocia a estos varios hechos históricos inventando la victoria póstuma ganada por el cadáver del héroe atado sobre su caballo, y contando que Dios había dado tal virtud al Campeador que su mirada no podía resistirla ningún moro sin temblar.

Por último, el más profundo valor que en los nuevos fragmentos de Ben Idarí y en sus extractos de Ben Alcama debemos destacar, tocante a la actitud política del Campeador, es el documentarnos las relaciones del rey Alfonso con su vasallo.

Sabíamos ya por la traducción de Ben Alcama en la Primera Crónica General que el Cid, en un famoso discurso ante los moros de Valencia, declaraba solemnemente que la ciudad estaba bajo el señorío supremo de Alfonso VI. Esto nos bastaba saber.

Pero algunos, reacios a la recta orientación del pensamiento, aquella que llega a ser confirmada por nuevos descubrimientos, dijeron que ese señorío de Alfonso era simplemente nominal, sin relación efectiva con el vasallo. Los nuevos fragmentos de Ben Alcama prueban que eso no es exacto. He aquí un superior interés en la tan citada narración de la batalla del Cuarte: Al ver la dificultad de resistir al inmenso ejército musulmán, el Campeador pidió ayuda a Alfonso, pero noticioso del desorden y deserciones en el ejército enemigo, resolvió atacarlo "sin esperar la llegada de los refuerzos pedidos", y obtiene la victoria completa que hemos ya dicho, apoderándose del campamento musulmán. "La noticia de estos sucesos, continúa diciendo Ben Alcama, fué recibida por Alfonso cuando él había recorrido una buena parte del camino que seguía para socorrer a Rodrigo; y recibió igualmente su parte del botín hecho en el saqueo del campamento." Como vemos, las relaciones vasallales del Cid con el rey eran efectivas y completas: el rey debía al vasallo auxilio, y acude a dárselo; el vasallo debía al señor la quinta parte del botín, y se la entrega. Y aquí de nuevo recordemos la veracidad de la épica primitiva: en el poema del Cid, al día siguiente de la victoria del Cuarte, envía el Campeador al rey doscientos caballos de los cogidos a los moros, todos los doscientos con sus sillas, con sus frenos y con sendas espadas colgadas de los arzones. El poeta no lo especifica, pero doscientos caballos son justamente la quinta parte de los mil caballos que el poema dice que cupieron al Campeador en la quinta del botín total de la batalla, que como señor de la hueste le correspondía; los doscientos ca-

ballos son lo que se llamaba, en la legislación de los repartos, la *redroquinta* o segunda quinta que se pagaba a un segundo señor.

Valencia era, pues, una parte aneja al reino de Alfonso VI, sujeta a las normas legales vigentes. Nada de dependencia meramente nominal y formula-ria. Por la *Historia Roderici* sabíamos que cuando el Cid murió y los almorávides sitiaron a Valencia durante siete meses, Alfonso fué también a socorrer a la viuda del héroe, y no con ánimo de abandonar la ciudad, pues tal decisión no la tomó sino después de estar allá y ver que ninguno de sus capitanes podría defenderla. Pero los historiadores modernos suelen presentar esta ida del rey a Valencia encaminada sólo a repatriar a la viuda doña Jimena y a los cristianos que allá vivían, como si no le interesase conservar la conquista. Ahora, en los nuevos extractos hallados por Lévi-Provençal, encontramos noticias más precisas que Ben Idarí toma de Abu Beker Al Ansari: "Cuando el emir Mazdalí sitió a Valencia, a fines de agosto de 1101, los cristianos pidieron auxilio a su gran rey Alfonso, el cual acudió con un poderoso ejército. A la llegada de éste, Mazdalí se retiró a Cullera. Alfonso se detuvo en Valencia cosa de un mes, y los cristianos trataban de persuadirle que se mantuviese en la ciudad, y excitaban el deseo que él tenía de conservar-la, diciéndole que las tropas musulmanas reunidas en las cercanías eran despreciables. Ante estas instancias, Alfonso partió con un ejército hacia Cullera, como si fuese sólo a robar la tierra y destruir las cosechas del campo, pero en su fuero interno se proponía, sin dar sospecha de ello, tantear las fuerzas que el emir Mazdalí podía oponerle. Maz-

«Ibí, al saber la venida de Alfonso, se puso también en marcha, saliéndole al encuentro; envió destacamentos de caballería y escuadrones de reconocimiento en dirección de Alfonso, quien pudo así darse cuenta de la decisión, valor y bravura de su adversario. Ocurrió entonces un encuentro violento entre las dos partes que duró casi todo el día. Cuando el sol llegó a su ocaso, Alfonso emprendió la vuelta a Valencia, llevando la firme decisión de evacuar la ciudad. De ella se retiró con todos los cristianos que allí había, incendiando antes la gran mezquita, el alcázar y cierto número de casas.» La decisión del abandono fué, pues, tomada a más no poder; tanto según el historiador latino como según el árabe, el abandono fué decidido por Alfonso después de comprobar que no había quien pudiese defender la ciudad como la defendía el gran vasallo difunto. Sirva esto de comentario a los sucesos de 1092, cuando Alfonso intentó arrebatarse al Cid la conquista de Valencia; intento vano, debido sólo al enojo que entonces alimentaba el rey hacia el Cid desterrado; intento evidentemente vano, dada la notoria inferioridad en que el rey se encontraba entonces y después en todos sus encuentros con los almorávides, y dado que después comprobó por sí mismo la imposibilidad en que se hallaba de resistir a los africanos ni aun en mera defensiva para retener la conquista que la viuda del Campeador le entregaba.

El señor Lévi-Provençal dice en su artículo que «deja para una nueva edición de *La España del Cid* el cuidado de utilizar, después de haber apreciado su verdadero valor, las diversas indicaciones inéditas aportadas por el texto de Ben Idarí, las cuales, desde luego, no alteran en nada las grandes líneas del

cuadro ya trazado". Esos importantes textos llegan oportunamente a mis manos cuando por fortuna aun puedo aprovecharlos en la nueva edición de mi citada obra; pero antes que ella pueda salir a luz, y bajo aspectos que en ella no pueden tener cabida, me parece necesario dar a conocer entre nosotros, en forma especial aparte, algo de lo mucho interesante que en el aun inédito artículo de Lévi-Provençal se contiene.

Las fuentes del dominio cidiano en Levante, que parecían agotadas, se han enriquecido notablemente gracias al hallazgo de los nuevos fragmentos históricos aquí reseñados. En particular, la crítica del texto de Ben Alcama se ha hecho posible y se ha colocado sobre bases firmes. Esto tiene importancia capital para la historia del siglo XI en general y para la biografía cidiana muy en particular, pues Ben Alcama nos ha dejado la historia del asedio y toma de una ciudad por los cristianos como no la hay respecto a otra conquista peninsular. De la ocupación de Toledo por Alfonso VI no hay un relato tan extenso, tan circunstanciado ni tan dramático como el de la toma de Valencia. Añádase a eso el segundo relato anónimo de la gran victoria del Cuarte y se comprenderá la gran atención que la historiografía árabe consagró a la conquista del Campeador. Y recalquemos lo dicho sobre la superioridad de la historiografía árabe: sin Ben Alcama careceríamos de los más significativos episodios que caracterizan las empresas cidianas en Levante, ante todo nos faltarían los más importantes datos sobre el señorío del Cid en relación con su soberano y con los musulmanes enemigos

y vencidos, lo mismo que sin otro escritor árabe, sin Ben Bassam, careceríamos de la certeza histórica respecto a la grandiosa, la sobrenatural impresión que el héroe causaba en sus contemporáneos como “un milagro de los milagros del Señor”.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.

